

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

La Ilustración de los Niños

OFICINAS

Montera, 53, segundo
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

SUMARIO

I. Nuestro tema.—II. Los niños.—III. La educación.—IV. La virtud y el vicio.—V. Meditación.—VI. La fuente de la pradera.—VII. Vivos ejemplos.—VIII. Tiburcio.—IX. La pequeña Elvira.—X. Miscelánea.

NUESTRO TEMA

Apenas hay nación que no pueda envanecerse con los timbres de un nuevo descubrimiento, de un nuevo invento; casi todos los pueblos pueden, por lo tanto, añadir un láuro más á la corona de sus conquistas.

Los Estados-Unidos de América, en primer término, Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, en fin, todas, cuál más, cuál menos, ostentan con noble orgullo enarbolado el pendón de sus progresos, y mientras esas naciones hacen vibrar en el mundo los acordes del himno de sus adelantos científicos, los españoles, los descendientes de los Sénecas, los herederos de los Alfonsos, los hijos de Cervantes y Lope de Vega, de Calderón y de Quintana, nos esforzamos en vano por arrebatarse la palma del progreso á la mano de otros pueblos.

Ellos, con la vara mágica de Guttenberg, llevan á todos los ámbitos del planeta sus descubrimientos científicos, mientras que nosotros, por falta de apoyo oficial, por la penosa y difícil administración del Estado, no vemos traslucirse en la imprenta más que anuncios de iniciativa particular, encaminados á explotar, las más de las veces, la credulidad de sus lectores, mientras que los verdaderos gérmenes de la ciencia y del progreso, relegados al olvido por indolencia de todos, yacen empeñados en el misterio, atajando la inteligencia y matando en flor la vanguardia de la progresión científica de España.

¿De qué procede el oscurantismo de la gran mayoría de los españoles?

¿De quién es la culpa de la carencia de inteligencias cultas que nos atribuye el barómetro de la civilización en la estadística de instrucción primaria?

¿Cuál es la causa del corto número de eminencias científicas que florecen?

Porque son pocos, muy pocos, los españoles ilustres en las ciencias en proporción al genio y número de las inteligencias dotadas por este hermoso cielo, bajo el cual brotaron los pensamientos más atrevidos y las ideas más grandiosas.

En el siglo XVI, llamado siglo de oro, en aquel hermoso siglo en que la Teología dogmática llegó al apogeo de su brillo, impulsado por los esfuerzos de Castro, Suarez, Aguirre y otros, en que las matemáticas llegaron á penetrar en el período de su virilidad, merced á los desvelos de Céspedes, Chacón, Muñoz y otros más que contribuyeron con Clavio á la corrección del Calendario; en que las lenguas muertas renacían

tal vez para durar tanto como el mundo, por el poderoso empuje de Nebrija, Jimenez de Cisneros y el inmortal Arias Montano; en que la medicina, la física y la química salían de su estado embrionario á merced de las investigaciones de Vallés, Santa Cruz, Pereira y Juan de Huerta; y la moral y la filosofía plena, las ciencias todas y las bellas artes, sacudiendo el sudario en que permanecieron envueltas, se levantaron irradiando sobre el universo los fulgores vivísimos de su luz; en aquel siglo, decimos, nuestra España formaba en la vanguardia del movimiento científico universal, al lado de la nación más rica en sabiduría, la Italia, y abundaba en hombres de ciencia, cuyo número era siempre, relativamente, muy superior al de las demás naciones.

Y andando el tiempo, mientras que el aumento de población presupone una cifra superior en el orden de entidades científicas y los estudios importados hacen esperar mayor plantel de españoles ilustrados, y nuestros propios adelantos enuncian una multiplicidad marcadamente considerable de hombres de sabiduría, las ciencias permanecen en nuestro país casi en el mismo estado de concentración ó estancamiento, sin que la cifra relativa de sábios haya progresado después, como era de esperar, dados los afanes de todos los españoles ilustrados y las medidas adoptadas por casi todos los gobiernos.

Y este perpétuo nivel de entidades científicas en España, haciendo frente á la actividad de los hombres y de las leyes, es un signo desconsolador, aunque falso, de nuestras actividades científicas, por cuanto el número de inteligencias ilustradas no aumenta en la proporción debida, por más que el nivel de la sabiduría española permanezca constantemente á la cabeza del movimiento universal.

¿En qué consiste, pues, esta concentración de nuestro saber? ¿Cuál es el círculo que oprime la sabiduría, dentro de un radio casi inalterable de inteligencias españolas? ¿Será la monopolización? ¿Será la incapacidad de los españoles? ¿Será nuestra falta de laboriosidad?

No; hemos tenido, aunque con algunas restricciones, libertad de enseñanza, gobiernos que velen por ella y la protejan; un cielo purísimo, un clima incitante y un suelo exuberantemente poético y filosófico que nos predispone y convida á pensar, y una pléyade brillante y numerosa de imprentas que ponen de manifiesto el espíritu laborioso de nuestro país.

Ni tampoco debemos atribuir el estacionamiento del número de inteligencias ilustradas á la falta de otras dedicadas á enseñar, porque á la cabeza de nuestras aulas numerosas, si no suficientes, forma un cuerpo docente, puramente español, cuya sabiduría aplaudirían los Sénecas y Cicerones, los Cisneros y los Balme. ¿A quién, si no, ha podido emular la oratoria sagrada de los Tomases y Agustinos, fuera de los oradores sagrados de España? ¿En cuál de los Congresos nacionales rayará la elocuencia á la altura de la de los tribunos españoles? ¿Qué país del mundo podrá poner sus matemáticos sobre los nuestros? ¿Dónde contarán las ciencias médicas con profesores tan profundos como los que

hoy, desde nuestra Península, son la admiración del mundo y el consuelo de la humanidad doliente? Las inteligencias españolas son, pues, no solamente laboriosas, si que también entusiastas por la sabiduría, porque á su entusiasmo se debe una gran parte de sus múltiples adelantos.

El fenómeno, pues, no reconoce por causa ninguna de las enunciadas, no; su origen está en otra parte: su origen se encuentra en el escaso número de españoles que se instruyen en nuestras escuelas primarias y en el reducido número, además, que de ellas salen instruidos, no por falta de capacidad del maestro, sino por deficiencia del material y el mal régimen administrativo del ramo.

Esta es, en resumen, la causa de la inalterabilidad de la cifra de eminencias científicas en España.

Triste, muy triste es nuestra tesis, pero no por eso deja de ser verdadera. Y esta verdad desconsoladora no ha nacido de nuestros labios ni ha sido fraguada por los espíritus inquietos, ni por la torpe calumnia, no; esta verdad ha brotado del cálculo numérico; de una adición pobre y una sustracción raquítica; de una diferencia ruborizante entre el total de españoles instruidos en leer y escribir, y los no instruidos en lo uno ni en lo otro; del exíguo tanto por ciento, en fin, de españoles instruidos que acusa la estadística de instrucción primaria en nuestra patria.

¿Se deduce de aquí, que del mal que deploramos se deba hacer responsable en todo ó en parte al profesorado español? De ninguna manera. El maestro de escuela, por más libre que sea en la facultad de trasmisión, no lo es lo mismo en la elección de los medios de que ha de ayudar su acción en muchos casos, ni mucho menos en la de purgar estos medios de los inconvenientes que puedan oponerle obstáculos en su marcha expedita. Porque si bien es cierto que para la primera cuenta con un espíritu independiente y con un vasto caudal de signos para hacer gráficas, ante la inteligencia del alumno, las representaciones que trata de transmitir, no sucede lo mismo respecto de la segunda; cohibido casi siempre por rancias preocupaciones en aquellas materias que son la esperanza de la instrucción y educación, y en las que obligan al maestro á que diga lo que no siente á sus tiernos discípulos para que, por una lógica irrefutable, éstos, á su vez, aprendan á no sentir lo que se les dice.

Este procedimiento carece de la moralidad necesaria para la enseñanza, hasta poderle llamar inmoral, y semejante inmoralidad solo puede producir la confusión, y cuando esta confusión se sienta para base de una instrucción compleja; cuando ha de servir de escala para trepar á la cumbre de la moral sublime; cuando, finalmente, esta confusión se siembra en una inteligencia naciente, en un alma cándida y sencilla, en un corazón eminentemente impresionable, la inmoralidad sube de punto y el escándalo raya en impiedad. Inmoralidad, porque tal es el calificativo de la mentira; escándalo, porque se da á conocer la mentira á quien solo conoce ó debe conocer verdades simples; impiedad, porque se

siembran en una conciencia pura gérmenes de doblez y de hipocresía.

Tal es la causa que se opone, ó, hablando con más propiedad, que se ha opuesto á ensanchar la esfera de entidades científicas en España; esta es la índole y manera de ser de algunos de los procedimientos á que se ve obligado á recurrir el maestro de escuela para llenar los fines de su alta y espinosa misión; tal es, finalmente, la doctrina contenida en algunos libros que, como dogma de fé, se hace enseñar en las escuelas primarias, para que sirva de auxiliar á las demás enseñanzas.

¿Será necesario desenmascarar al sugeto para conocer al individuo?

Creo que no; porque la doctrina verídica de los libros se recomienda por sí sola á primera vista al criterio de los encargados de la enseñanza primaria, y por fortuna son muchos y muy hábiles los modernos propagandistas que desean sacar del caos en que vive ese poderoso elemento de la riqueza y de la vitalidad de las naciones: la instrucción elemental.

Tal es nuestro constante tema, ávidos de que renazca el afán al estudio y de que se reconquisten las brillantes aureolas de la España del siglo XVI.

Felizmente tenemos muchos, muchísimos imitadores que, siguiendo nuestro ejemplo, esgrimen la péñola con más lucidez, si no con tanta perseverancia, de la cual nos congratulamos haciéndonos eco de sus laudables deseos; felizmente tenemos á la cabeza del departamento ministerial correspondiente el baluarte más firme de la educación popular, á un hombre, el Sr. Albareda, que á sus altas dotes de periodista ilustrado y digno, reúne el tesoro de un corazón nacido para practicar el bien común; felizmente tenemos incansables mantenedores de nuestra idea, inspiradores tan grandes por su respetabilidad y su ciencia como los Sres. Galdo y Vallín y á obreros de la inteligencia tan infatigables como Modesto Fernandez y Gonzalez.

Pero como quiera que este artículo traspasa los límites que nos permite nuestra modesta revista, copiamos literalmente á continuación la sabia y oportuna representación que en forma epistolar dirige el Sr. Fernandez y Gonzalez al celoso señor ministro de Fomento, haciendo nuestras todas sus apreciaciones y conceptos por ser el ideal que perseguimos desde que aparecimos en el terreno de la prensa.

Hé aquí ahora la carta, reflejo fiel de todas nuestras aspiraciones y deseos:

«La educación popular.

Excmo. Sr. D. José Luis Albareda.

Permita Vd. al más humilde de los periodistas que se dirija al escritor y al gobernante, para exponerle, con el respeto debido y á impulso de la conciencia, algunas observaciones que exigen el estado deplorable de nuestras escuelas y la situación tristísima del magisterio.

Hace breves días manifesté que mi ideal sería un anticipo reintegrable de 400 millones de reales y un gasto anual de 200, créditos legislativos ambos que exigen el material y personal de enseñanza. Pero como los ideales suelen oponerse á las necesidades ineludibles é inescusables de la práctica, me daría por muy satisfecho si en los presentes tiempos se destinasen cien millones á las atenciones preferentes y extraordinarias de las escuelas de instrucción primaria.

Francia gasta anualmente 240 millones de reales en la educación de la infancia. Pues á pesar de que representa una suma importante en su presupuesto el cuidado intelectual de la niñez, hubo un ministro,

el Sr. Bardoux, que pidió á la Asamblea, y el poder legislativo no se lo ha negado, dos créditos, uno de 240 millones para la construcción de escuelas correspondientes á municipalidades de escasos recursos y otro de igual cantidad, de carácter reintegrable, aplicado á subvención y auxilio de las corporaciones populares. Y cuenta que se pidieron á las Cámaras 480 millones de reales en los momentos que siguieron al pago de la indemnización alemana, que importó 20.000 millones.

Los gobiernos que tan preferente atención consagran á la cultura popular, y los representantes del país que se asocian á proyectos de esa clase, prueban, con el ejemplo y con el acierto, que saben inspirarse en nobilísimos propósitos, y que piensan en la Francia del porvenir.

Ahora bien; ¿qué pasa ante nuestra vista? ¿Qué nos dicen los datos estadísticos? ¿Qué nos enseña la práctica en tierra de España?

Usted, Sr. Albareda, que revela generosos alicios y dá gallarda muestra de fecunda iniciativa en el departamento encomendado á su inteligente dirección, se halla en el deber de proseguir la tarea emprendida, sin desmayos ni desalientos, sean cuales fueren los obstáculos que se presenten.

¿Conoce Vd., señor ministro, el estado de las escuelas llamadas vulgarmente de primeras letras? ¿Ha penetrado Vd. alguna vez en nuestras aldeas y en los locales donde se educa á la niñez?

Si Vd. tuviera tiempo, que no lo tiene, y recorriera algunas provincias, se convencería de que la instrucción primaria, por falta de locales, de material y de estímulo, se encuentra en la infancia.

Los edificios, ruinosos muchos de ellos y no pocos sin condiciones higiénicas, entristecen á los amantes de la educación popular: el material de enseñanza, verdaderamente primitivo, revela la indiferencia de las corporaciones populares; y los maestros, abandonados á sí mismos y sin la legítima recompensa á que es acreedora la misión confiada por la ley, viven la vida penosísima impuesta por el caciquismo, por la rutina ó por la ignorancia.

Ha llegado el momento de seguir las huellas impresas por la solicitud perseverante del general Ros de Olano, por la actividad incansable de D. Francisco Javier de Burgos y por la previsión patriótica del Sr. Moyano, nombres altamente simpáticos entre los devotos de la instrucción pública española. Más que ingenio, más que inteligencia, lo que se necesita en el ministerio de Fomento es carácter, el carácter que produce la energía y que aviva las más nobles iniciativas.

Ni programas, ni circulares, ni discursos, bastan á levantar de su actual postración la enseñanza primaria. La palabra, por galana que sea; el ofrecimiento, por sincero que parezca, y la elocuencia, por aplauso que obtenga, no llevan un grano de arena al edificio social y á la obra común del progreso verdadero.

La enseñanza, encomendada á la dirección de los municipios, ha producido atrasos lamentables. Partidario de la descentralización administrativa el autor de estas líneas, confiesa y reconoce paladinamente que, en cuanto afecta á la instrucción, el Estado, hoy por hoy, no puede, no debe desprenderse de facultades centralizadoras: es más; cree que debe recobrar con energía la que delegó en las corporaciones populares.

Interin el Gobierno no se haga cargo de la administración de la enseñanza, no provea directamente á su sostenimiento y no castigue con severidad todo propósito de rebeldía, la educación popular será nula ó deficiente.

Así como el poder ministerial levanta empréstitos para iniciar ó seguir la construcción de obras públicas, ¿por qué no busca, apelando al crédito del Estado, las sumas necesarias para levantar en cada jurisdicción municipal una escuela con todas las condiciones exigidas por la ciencia y por la higiene y con el material que imponen los nuevos adelantamientos?

Porque es de advertir que el local y el menaje de una escuela influyen poderosamente en la cultura popular. Dad á un país doctísimos profesores, sin contar con elementos de enseñanza, y ¿qué resultará? Re-

sultarán ineficaces sus esfuerzos, y de todo punto baldías sus tareas; Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica, Suecia y otros países obtienen grandes progresos, no debidos solamente al personal docente, sino al material que tienen á su servicio.

La organización y la práctica de la enseñanza, reformada en los últimos años, exige una suma de aptitudes y un concurso de medios, fáciles de alcanzar si hay propósito de caminar por la senda del progreso.

Sajonia, ¿á qué debe sus adelantos? Los demás Estados alemanes, ¿á qué deben la ilustración de sus habitantes? A sus escuelas y á sus maestros.

Es necesario en mi sentir, destinar, por lo menos, cien millones de reales á la construcción de edificios, compra de mobiliario y adquisición de material docente, ya valiéndose de los proyectos premiados por los Sres. Jareño y Rodríguez Ayuso, ya utilizando otros nuevos, que como los anteriores, sean objeto de recompensa en público certamen.

Y esa cantidad obtenida y ofrecida por el Estado, debe entregarse á los municipios en calidad de anticipo reintegrable y con un interés anual de 4 por 100, destinada exclusivamente á las escuelas, á su menaje y á su material, sujetándose las corporaciones populares en un todo á las instrucciones del Gobierno.

Pero esta reforma tan radical exige otra no menos importante. No basta tener local capaz, higiénico y ventilado; no basta contar con escuelas municipales ó parroquiales, como las que ostentan Colonia y Bruselas; no basta reunir el material pedagógico que ofrecieron las Exposiciones universales de Viena, Filadelfia y París: es necesario que el magisterio responda á su misión, impulsado por el estímulo, aguijoneado por la vocación y agradecido por la recompensa.

Y ese magisterio necesita verdaderas escuelas normales, donde reciba la instrucción técnica y religiosa que más tarde ha de comunicar á sus infantiles alumnos.

El Estado estableció en Madrid los *Jardines de la Infancia* con resultados asombrosos. El ejemplo del Gobierno ¿ha tenido muchos imitadores? No, ciertamente, y con rubor lo consignamos.

Pues bien; ese dato nos servirá de mucho para afirmar que, en materia de enseñanza primaria, ni la iniciativa particular, poco desarrollada en España, ni la de las corporaciones, con alguna que otra excepción, podrán sustituir en mucho tiempo á la del Gobierno.

Centralicense, pues, los fondos destinados en los presupuestos municipales á la educación popular; recáudense por los agentes de la administración, y distribúyanse por el ministerio de Fomento. El impulso tiene que partir de arriba, y el progreso pedagógico se ha de alcanzar caminando del centro á la circunferencia.

¿No se ha visto el admirable resultado que están dando las escuelas establecidas en los regimientos y batallones? ¿No somos los primeros en reconocer y aplaudir la patriótica conducta, eminentemente educadora, de los padres escolapios? ¿No hemos dicho una y cien veces que la enseñanza en el Hospicio de Madrid honra á la diputación provincial y enorgullece á nuestro país? ¿No hemos consignado con regocijo los esfuerzos del ayuntamiento, los servicios de los profesores y los adelantos de los alumnos?

Pero esos esfuerzos aislados, dignos de aplauso, no responden á un pensamiento común, ni siguen una sola dirección. El pensamiento y la dirección, por ahora, deben ser el fomento de la enseñanza primaria, verdadero barómetro de la cultura popular.

Usted sabe, señor ministro, que dos incansables y por mí admirados propagandistas de la educación popular, los Sres. Galdo y Vallín y Bastillo, profesores de Historia natural y de Matemáticas del instituto del Cardenal Cisneros, han publicado una curiosa *rectificación de la carta de Mr. Manier* relativa á la instrucción popular en Europa. Y esa publicación, en español, en francés y en inglés, ya en forma de mapa, ya en el de libro, circula por todas partes con pródiga solicitud. El servicio prestado á la justicia es meritorio; el castigo impuesto á la parcialidad, merecido; el trabajo de Mr. Manier contrasta con el

de los Sres. Galdo y Vallin; el uno predispuesto á la censura; el otro más en armonía con la realidad.

Pero no nos hagamos ilusiones. España necesita realizar un esfuerzo verdaderamente nacional y gigantesco para colocarse á la altura debida.

El país se halla en el caso de gastar, por ahora, valiéndose del crédito, en cuatro años, 100 millones de reales, y proporcionar colocación á 10.000 maestras en las escuelas de párvulos.

¿En qué forma? ¿Con qué condiciones? La operación de crédito para obtener los 100 millones con destino á la construcción de edificios, auxilio á las corporaciones populares, compra de mobiliario y material de enseñanza, sería sencillísima. Durante diez años se consignarían en el presupuesto de gastos diez millones, y tal obligación, aprobada y prevista en una ley, serviría de garantía para el anticipo de fondos, pronta á facilitarlos una sociedad bancaria, ó dispuestos á encontrarlos los hombres de negocios.

Es decir, que ingresarían los cien millones en cuatro años en vez de hacerlo en diez, satisfaciendo, como es natural, los intereses correspondientes. Esa cantidad, que tendría una inversión determinada, se entregaría á préstamo á los ayuntamientos al 4 por 100, y aún libre ó exento de todo interés ó rédito anual, si así se quiere, con la obligación de realizar las obras y de adquirir los elementos pedagógicos en un plazo determinado.

Realizada la operación de crédito, que tiene precedentes en nuestras leyes, si bien aplicables á un ferrocarril, había que centralizar la recaudación de fondos destinados á personal y material de primera enseñanza.

El Estado, la provincia y el municipio contribuyen anualmente con 104 millones de reales, cantidad que, distribuida convenientemente, puede servir de mucho para el desarrollo de la educación popular.

España tiene una superficie en kilómetros cuadrados de 507.000; figura con una población de 16.800.000; cuenta con 29.038 escuelas, y asistirá las mismas 1.633.288 alumnos de ambos sexos. Es decir, que por cada 100 habitantes concurren á los establecimientos de primeras letras nueve alumnos; por cada escuela hay 578 habitantes, y por cada alumno existen 10 compatriotas; á cada escuela corresponde un gasto anual de 380 reales; á cada alumno 63, y á cada habitante seis, pudiendo asegurarse que el término medio de los concurrentes á recibir las lecciones del maestro en cada establecimiento llega, pero no escude de 66 niños.

Si comparamos los sacrificios nacionales con los extranjeros, resulta la siguiente proporción:

	Pesetas
En Bélgica corresponde, término medio á cada habitante un gasto anual para instrucción primaria de.....	4 60
En Holanda.....	4
En Alemania.....	3 27
En Suiza.....	3 19
En Dinamarca.....	2 80
En Noruega.....	2 42
En Suecia.....	2 40
En Inglaterra.....	1 92
En Austria-Hungría.....	1 85
En Francia.....	1 62
En España.....	1 55
En Grecia.....	1 37
En Italia.....	0 97
En Portugal.....	0 50
En Rusia.....	0 33

Y esa proporción resulta, si nos fijamos en el número de habitantes y en los gastos anuales de cada nación en la enseñanza popular, á saber:

	Habitantes	Pesetas
Bélgica.....	5.403.000	24.806.428
Holanda.....	3.865.456	15.318.136
Alemania.....	42.727.360	140.000.000
Suiza.....	2.759.854	8.708.174
Dinamarca.....	1.903.000	10.642.000
Noruega.....	1.807.555	4.388.807
Suecia.....	4.429.713	10.642.000
Inglaterra.....	33.805.419	65.000.000
Austria-Hungría..	37.555.000	69.000.000
Francia.....	36.905.788	60.000.000
España.....	16.800.000	26.000.000
Grecia.....	1.383.884	2.900.000
Italia.....	27.757.474	27.000.000
Portugal.....	4.047.110	2.045.000
Rusia.....	73.643.617	25.000.000

Ahora bien, esos resultados corresponden á los gastos hechos por el Estado, la provincia y el municipio; pero téngase en cuenta que la iniciativa particular en Francia, en Inglaterra, en Portugal, en Italia y en otras naciones es tan poderosa, que quizás escuda á la de los Gobiernos y á la de las corporaciones oficiales. Nuestro país ha hecho bastante desde 1833, pero no todo lo que debiera ni todo lo que estaba obligado á hacer.

Construidas las escuelas, dotadas de mobiliario y material de enseñanza, hay que buscar 10.000 maestras para la educación de los párvulos. Si se les retribuyese decorosamente, se encontrarían sin necesidad de que sigan la carrera del magisterio, sino previo concurso ó examen ante tribunal competente.

¿No hay viudas y huérfanas de servidores del Estado, que perciben pensión en concepto de clases pasivas, y que se dedicarían á la enseñanza si el cobro de esa pensión fuese compatible con otro haber del Tesoro? ¿No podrían utilizarse los conocimientos de tantas señoras que viven en las grandes poblaciones á causa de la revista semestral que exigen las administraciones económicas, y que aceptarían un cargo retribuido en los pueblos, si dependieran del Estado y no de los municipios?

Hay que pensar seriamente en organizar un profesorado de señoras que dirijan las escuelas de párvulos, para que eduquen á los niños de cuatro á ocho años por el método ensayado con gran éxito por el ilustrado español D. Pablo Montesinos y por los respetables extranjeros Sres. Froebel y Pestalozzi.

Para conseguir las reformas que tenemos el honor de proponer, sólo se necesita carácter é iniciativa. Debido á ese carácter y á esa iniciativa, España recordará siempre á un general, á un estadista y á un abogado: á Ros de Olano, á Búrgos y á Moyano. ¿Estará llamado un periodista á completar la obra por ellos emprendida? ¿Estará Vd. llamado, Sr. Albareda, como sus ilustres antecesores, á que la patria agradecida tenga que recordar sus nombres en las páginas de la Historia como amantes de la educación popular?

Los triunfos oratorios se aplauden y se olvidan; las victorias políticas afectan á un partido y avasallan al contrario: pero las reformas administrativas, cuando son permanentes y duraderas, obtienen siempre el respeto y el reconocimiento de todas las clases y de todas las fortunas.

Los ilustradísimos ministros de Fernando VI y de Carlos III, ¿no merecen el aplauso de los hombres de bien? Los nombres de Jovellanos y de López Ballesteros, ¿no los consigna la Historia para eterna enseñanza? Pues unos y otros, más que políticos ó hacendistas, fueron en su tiempo constantes defensores de la educación popular, y sus trabajos de más valía que los presentes, por lo mismo que las resistencias eran mayores, constituyen el testimonio público de su amor á la instrucción y el atestado honroso de sus nobilísimas aspiraciones.

La enseñanza obligatoria es un principio sin aplicación práctica; la enseñanza voluntaria, haciendo agradable el estudio, hé ahí otro principio que cuadra mejor á los intereses de la libertad y de la patria.

Procure Vd., Sr. Albareda, hacerse superior á las luchas de los partidos y al continuo batallar de la política, y su nombre, que es respetado, alcanzará en lo venidero el legítimo galardón á que debe aspirar un ciudadano llamado por propios merecimientos á los consejos de la Corona y el Gobierno del país.—*Modesto Fernandez y Gonzalez.*»

JOSE NOVI Y PEREDA

LOS NIÑOS

—Anciano amigo, nosotros del mundo en breve saldremos; ¡ay de mí! poco podremos ya por nuestra patria hacer. Mas si los niños nos oyen consejos puros y sanos, serán buenos ciudadanos

y buenos hijos también.
—En su tierna condicion
¿tanto nuestro ejemplo alcanza?
—Los niños son la esperanza
más bella de la nación.

Demos, pues, desde la cuna,
como á su cuerpo sustento,
á su espíritu alimento;
la ignorancia es criminal.
Así, cuando hombres se llamen,
según sabios parecieren,
conocerán sus deberes,
derechos y dignidad.
—¿Con la luz de la instrucción
se consigne tal mudanza?
—Los niños son la esperanza
más bella de la nación.

—No hay amor que al ciudadano
como el de la patria cuadre;
si no amamos á esta madre
nos la ultrajarán al fin.
Que sepan, sepan amarla
nuestros hijos inocentes,
y serán independientes,
pese al extranjero ardid.
—¿De toda injusta invasión
sabrían tomar venganza?
—Los niños son la esperanza
más bella de la nación.

—Las muertas generaciones
se hubieron odio profundo;
la fraternidad del mundo
como un sol ha de nacer.
Unamos á nuestros hijos
entre sí con firmes lazos,
y al extranjero sus brazos
tenderán ellos después.
—¿No habrá ni un negro pendón,
ni tinta en sangre una lanza?
—Los niños son la esperanza
más bella de la nación.

—Inspirémosles sin tregua
inclinación al trabajo,
que él sólo nos dá aquí abajo
orden, alegría y paz.
El ocio es padre del crimen,
y engendra las ambiciones
que hacen hoy de las naciones
campos de guerra tenaz.
¿Vendrá esa transformación,
si horror juran á la holganza?
—Los niños son la esperanza
más bella de la nación.

—¡Ay! el sol caerá muy pronto
sobre nuestra losa fría,
ese sol que todavía
alumbrá á tiranos mil.
Aprovechemos las horas,
no ya en pueriles cariños,
sí en enseñar á los niños
á ser hombres ó morir.
—¿Y á puerto de salvación
arribarán con bonanza?
Sí, que ellos son la esperanza
más bella de la nación.

VENTURA RUIZ AGUILERA

LA EDUCACION

Cerca de un camino estaba abandonado un viejo tronco de encina, en el que nadie se fijaba. Un día se acercó un escultor, reparó en él, lo

examinó y midió en todos sentidos, y diciendo: «sirve para mi objeto,» sacó los instrumentos de su oficio y se puso á desbastarlo con el fin de hacer de él la efígie de un santo.

El infeliz tronco, al sentir los terribles golpes del hacha que lo destrozaba, comenzó á quejarse doloridamente diciendo:

—Cruel ¿por qué me atormentas así? ¿Qué mal te hice yo para tratarme de tan duro modo? Déjame como estaba y no me hagas sufrir tanto.

—Calla, tonto, déjate trabajar, que despues me agradecerás lo que ahora hago contigo.

En pocas semanas quedó el rudo tronco convertido en una hermosa y bien acabada imágen de San José y la colocaron en un templo donde concurría todos los dias mucha gente á admirarla y adorarla. Entonces comprendió cuánto tenía que agradecer al escultor, de quien tan amargamente se quejara, y le dijo:

—Mil gracias, amigo mio; sin tí hubiera acabado mis dias en el monte, abandonado y podrido con la humedad; merced al trabajo que empleaste en hacerme efígie, aunque fué para mí operacion dolorosa, me veo estimado y adorado en los altares, y te agradezco cuanto me hiciste padecer. Te debo cuanto soy.

Lo que el escultor hizo con el tronco, lo hace la educacion con el hombre; de rudo, grosero y despreciable, lo convierte en ciudadano bueno, instruido, sociable y merecedor del aprecio de los demás.

Reflexion.—Sin duda os causa enojo, queridos niños, que vuestros padres y maestros os reprendan y á veces os castiguen; sin duda encontrareis fastidiosas y casi insoportables las árduas tareas del estudio; pero es preciso que tengais presente que solo por estos difíciles medios puede el hombre perfeccionarse, modificar lo que haya de malo en sus inclinaciones, adquirir modales distinguidos, la instruccion necesaria y hábitos de honradez y virtud.

Los hombres que vemos brillar en la sociedad estimados por su distincion y sabiduría, se han sometido antes á una larga y penosa educacion. Los que no se dejaron educar y se manifestaron en su niñez indóciles y refractarios á las sábias enseñanzas de los maestros, son los que constituyen la parte más despreciable, la hez de la sociedad.

Vosotros, amiguitos míos, no quereis sin duda pertenecer algun dia al número de esos seres degradados, repugnantes, que se denominan hombres mal educados, que no tienen cabida en ningun lugar donde se reunen personas distinguidas.

Debeis aspirar á ser hombres de provecho, á haceros amar en todas las ocasiones por vuestras virtudes, saber y delicadeza de sentimientos.

El medio de conseguirlo, ya lo sabeis, es dejaros educar, seguir en todo los consejos de vuestros padres y maestros, que no se proponen otro fin que el de encaminaros por la senda del bien, de la virtud y de la ciencia.

MANUEL GONZALEZ ALVAREZ

LA VIRTUD Y EL VICIO

DOLORA

El vicio

Desenfrenado, desnudo vivo,
finjo la dicha, mato la fé;
el mundo entero me rinde culto;
¡soy el placer!

La virtud

Yo soy modesta, soy recatada,
yo doy la gloria, yo doy la paz;
yo doy al hombre poder y ciencia;
¡soy inmortal!

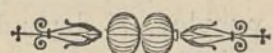
El vicio

Yo seco el alma, destruyo el cuerpo,
voy gangrenando la humanidad...
yo soy hediondo, soy repugnante,
soy un engendro de Satanás.

La virtud

Yo doy al alma dulce consuelo;
por mi camino se llega á Dios;
soy, como todas las de su mano,
obra perfecta del Creador.

RICARDO SEPÚLVEDA



MEDITACION

(A CONCHITA) (1)

Hubo un tiempo feliz en que no pensaba en nada; el alma no daba albergue al pesar, porque todo la sonreía; no conocía la tristeza, ni casi creía en el infortunio.

Ni el pasado me atormentaba, porque era jóven para tener historia ni temía el porvenir porque desconocía el mundo.

La humanidad me parecía seráfica y no conocía la existencia del mal aunque me rodeara. Carecía del discernimiento necesario para juzgar de las cosas y de las personas.

El trato y la educacion me dieron á conocer las unas, y sembraron la desconfianza en el corazón respecto de las otras.

Los desengaños penetraron en mi inocente alma y surgió el dolor; el dolor engendró la tristeza y ésta mató en flor mis esperanzas más risueñas.

Empecé á sentir, y el sentimiento trocó la faz de mis ilusiones.

¡El mundo!

Antes le soñé deleitable, pintoresco, arrebatador como las adas de flotante gasa que se sueñan vaporosas sobre las purpúreas nubes; dulce y seductor como los acordes de las arpas de Sion; perfecto y sublime como el mismo Dios.

Despues, cuando los desengaños acibararon mi existencia, le ví tal como es; un mundo mentido, vago, incierto, torcedor de encantos y placeres; le ví tan negro como la negra fatalidad; le ví falaz y tormentoso.

Desde entonces, una série no interrumpida de pesares me rodea. Ora lamento el quebranto de mis negocios y la ingratitud de los amigos; ora maldigo el destino y lloro la muerte de los seres más queridos.

¡El mundo!

En la infancia es un paraíso, en la adolescencia un jardín fragante, en la edad madura un castigo.

Cuando niños, todo sonríe; ni se aprecia la mirada torba de los traidores, ni hace mella la imprudente palabra del blasfemo, ni ofenden las plebeyas acciones de los hombres; el alma está virgen del sentimiento, y solo se conciben la generosidad y el cariño.

(1) Fallecida el 15 de Noviembre de 1878, y con motivo del día de su natalicio que tuvo lugar el 12 de Agosto, hace siete años.

Cuando adolescentes, soñamos alimentando risueñas esperanzas: las promesas las tomamos por artículos de fé, jamás pensamos en los padecimientos morales ni en los temporales físicos; el amor á las cosas nos magnetiza, acariciamos con afán lo que á nuestros ojos es puro y llegamos ciegamente entusiasmados hasta el apasionamiento, dando rienda suelta á nuestras inclinaciones inexpertas. Una flor, un ave, una prenda cualquiera de vestir nos seduce y eleva á la region misteriosa de los placeres; el idealismo nos domina, y no vemos más que encantos y satisfacciones.

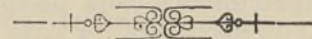
Cuando hombre ¡ah! cuando hombres lloramos el pasado, sentimos de presente las sacudidas de la viciada sociedad, y envueltos en pesares é incertidumbres no apartamos la mente del porvenir.

Pero ¡ay! que nuestra limitada inteligencia no puede apreciar lo venidero, y esto nos mortifica y confunde, tanto más, como si no fueran bastantes los tormentos presentes; hoy no tocamos más que desengaños y amarguras, privaciones y dolores, cuando el organismo resiste como dura roca los golpes repetidos del oleaje mundanal; mañana, cuando la robustez del cuerpo haya desaparecido, cuando los años surquen nuestro rostro y se tiñan de blanco los cabellos, cuando se envuelva en hielo el corazón y no quede en la memoria ni el recuerdo de lo que fué, cuando á solas con la conciencia contemplemos lo efímero y fugaz de los placeres, apartaremos los ojos del mundo fementido para elevarlos, llenos de fé, al autor del universo.

¡Cuán grande sois, Dios mio, contemplado con el alma!...

¡Cuán felices, Señor, los que gozan las dulzuras y las excelencias de vuestras bondades en las regiones sublimes del infinito!

JOSÉ MARÍA MEDINA.



LA FUENTE DE LA PRADERA

(FÁBULA)

En claros manantiales
surtia de entre el césped
el agua pura y limpia,
brotando cristalina de una fuente.

En espuma rizada
deteniase breve,
bañando la pradera,
formando luego un arroyuelo débil.

Seguia entre las flores
en serpenteo ténue,
besándolas el tallo,
gentil y manso, adulator y muelle.

Despues tomó cristales
de algunas otras fuentes,
y ya no fué arroyuelo
que fué un arroyo de caudal vehemente.

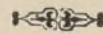
Mas tarde no un arroyo
le mires ni le observes;
arrastra cuanto encuentra
asolando los huertos y las mieses.

Torrente es ya bravo,
devastador torrente,
quien era allá en su origen
naciente fuentecilla de entre el césped,

Al mundo nace el niño
y es una fuente débil
de vida delicada,
luego en manso arroyuelo se convierte.

Despues, arroyo, el hombre
veloz sus alas tiende,
y ya no es sólo arroyo,
sus pasiones caudal dan al torrente.

FÉLIX DE LEON Y OLALLA





CONCHITA NOVI Y CASTELLOTE

VIVOS EJEMPLOS

En un pequeño pueblo de Castilla vivía, en su casa solariega, un opulento joven, heredero del hacendado más grande de toda la comarca. Este joven, de arrogante figura y dueño de fortuna tan inmensa, no tenía, sin embargo, la suficiente capacidad para juzgar la filosofía de la vida, y engreído por los halagos seductores de su posición, afectaba en todos sus actos la más supina de las soberbias.

¡Como si la humildad y el talento estuvieran reñidos con el oro!

En su trato familiar denotaba, á pesar de todo, cierta estudiada afabilidad; pero detenidamente juzgado, revelaba las inclinaciones más censurables, el corazón más empedernido, pues ni cambiaba un saludo cariñoso con sus vecinos, ni dispensaba la más ligera involuntaria falta á sus sirvientes, ni socorría á ningún necesitado, sino con ánimo de humillarle.

Su corazón estaba petrificado, y jamás se emocionó en presencia de la desgracia ajena; los habitantes de la aldea y pueblos comarcanos le rendían, no obstante, pleito homenaje, porque era el señor de las tierras que cultivaban, y, aunque pagadas con usura, podía en un momento dado ocasionar la ruina de toda una familia, si cualquiera de sus individuos le faltara al respeto, ó sencillamente le contrariara.

Hasta tal extremo era dominante y soberbio.

Al servicio de D. Carlos, que así llamaremos á nuestro protagonista, estaba un pobre viejo que, en concepto de morillero, recibió su padre hacia más de cincuenta años; había visto nacer en la casa á toda la familia de su señor, y como es consiguiente, á su señorito D. Carlos; por su fidelidad, aptitud y buenas prendas, el abuelo le encomendó la mayordomía de la casa y su ocupación, por consecuencia, estaba más bien en el hogar que en el campo, sin perjuicio de que á las veces, con su magnífico caballo, vigilaba de cerca las faenas de la recolección, para que no desaprovecharan el tiempo los peones. Con tal motivo, puede decirse que estaba siempre, ó casi siempre, al cuidado de los niños, particularmente de Carlos, que era el primogénito.

El le llevaba, cuando pequeño, á la escuela, le repasaba las lecciones, le aconsejaba en sus juegos y le defendía de las asechanzas de los otros chicos del pueblo; cuando creció y comenzó los estudios de segunda enseñanza, él le conducía á la capital y volvía por él en la época de las vacaciones, y tal era el cariño entrañable que le profesaba, que de sus ahorros le enviaba frecuentemente cuartos para recreos honestos y aún le obsequiaba con juguetes, como para estimular su aplicación al estudio.

Le quería tanto y tal era la consideración que el abuelo tenía á su mayordomo por esta entrañable conducta, que le permitía que llamara de tú á su hijo Carlos. Si salía á caballo, se llevaba al campo al niño para que se distrajera, y si permanecía en la aldea, á todas horas estaba esclavo de los caprichos y de las exigencias de Carlitos. Puede decirse que no tenía voluntad propia con tal de que el niño estuviera complacido.

Y todo con la espontaneidad más grande.

Carlos llegó á cumplir los veinte años, y al entrar en quinta le cupo la suerte de soldado; pero, fatal contrariedad, toda la fortuna de su padre no bastó para redimirle, porque necesitando hombres y no dinero, el gobierno no permitía la redención. El pobre viejo salvó el conflicto, sustituyendo en las filas á Carlitos con el

único hijo que había tenido en su matrimonio, y el anciano señor y su familia no tenían palabras para enaltecer tan generoso acto.

Los años pasaron: el quinto murió en la guerra, sin que por tal pérdida demostrara ante sus amos el buen viejo el más ligero enojo, por más que en su fuero interno lamentara la desgracia; murió el anciano señor, y los cuantiosos bienes pasaron al dominio de Carlos, cuando ni este los conocía, ni sabía vivir, ni había hecho nada de provecho en la vida para saber manejarse por sí solo. Por esto, y acaso por esto, el buen viejo pasó al servicio de D. Carlos, que así se le llamó desde entonces, hasta por el antiguo mayordomo de la casa.

Los bienes del nuevo Creso de la aldea se centuplicaron, puede afirmarse que por el trabajo y competencia del mayordomo; pero ya no tuteaba á su señor, ni éste le otorgaba las consideraciones á que era acreedor por sus muchos y antiguos servicios. Llegó el caso en que parecía un esclavo más que un leal sirviente; pero el buen viejo toleraba aquella tiranía por respeto á la memoria de su difunto señor, y presintiendo la ruina de la casa si dejaba á D. Carlos solo, entregado á las iras del vecindario y á la malquerencia de los colonos.

Su influencia, no obstante, era indudable.

La elección de diputados se hizo, y D. Carlos triunfó sin dificultad en el distrito, gracias á la actividad del mayordomo, que tenía en el país las mayores simpatías.

La soberbia del novel diputado rayaba en lo inverosímil, en lo desconocido é increíble; ni servía las pretensiones de los que le eligieron, ni les franqueaba siquiera las puertas de su casa: creía que le habían votado por obligación, puesto que cultivaban las fincas de su propiedad.

El anciano mayordomo era la víctima inmediata de tanta exageración, pues bien puede decirse que salía á sofocon por día. El rigor injustificado de su amo llegó á impresionarle y enfermó, y enfermó hasta el extremo de no poder dedicarse á sus tareas ordinarias. Así lo reconocieron todos menos su verdugo, que en vez de apiadarse de su leal sirviente lo arrojó de la casa, dejando sin amparo al que por espacio de más de cincuenta años le había mimado y enriquecido con su laboriosidad y cariño.

El pobre mayordomo se acogió á la caridad é ingresó en un asilo de ancianos pobres impedidos.

Don Carlos se trasladó á la corte en cumplimiento de su encargo de diputado, y así trascurrieron dos años, en cuyo tiempo se mermó, y no poco, la fortuna heredada de su buen padre.

Una tarde, al oscurecer, y en uno de los ventorrillos de extramuros, se proyectaba el secuestro de un ricacho de pueblo que acostumbraba pasear á caballo por aquellas inmediaciones, y en tanto que los bandidos pactaban los medios de llevar á cabo su criminal intento, un anciano vestido de paño pardo con vivos amarillos en el pantalón y en la chaqueta y una gorra redonda con un escudo mal trazado en el frente, se acercó al mostrador en demanda de un vaso de agua para mitigar la sed y dar descanso á su cuerpo fatigado.

—Se le intima con las escopetas la rendición y nos le llevamos, y si se resiste ó huye, se le mata, dijo resueltamente uno de los bandidos.

—Tú, replicó el jefe de la táifa, te apostas detrás del tejár del Curro; tú, le decía á otro, te colocas enfrente, tendido en el centeno del Pardillo, y tú, le dijo á un tercero, te vienes conmigo por si intentara huir por el camino de la huerta.

—A las siete en punto, cada uno en su puesto, y valor, que la presa es nuestra fortuna de toda la vida. Sus cuartos, ó un tirano menos.

—Convenidos, contestaron á una voz los foragidos.

El anciano pagó dos cuartos en cuatro ochavos al ventero y salió horrorizado de lo que acababa de escuchar. Un terrible presentimiento acudió á su corazón, y sumido en su tristeza habitual, lanzó un suspiro recordando la conducta que con él había observado su señor.

A los pocos pasos vislumbró una pareja de la guardia civil que caminaba por la carretera, y el anciano precipitó su marcha cuanto pudo para hacerles la revelación del crimen que se fraguaba. La pareja escuchó atentamente el relato y, desconfiando de la narración, le hizo caminar con ellos hacia el sitio designado, apostándose convenientemente.

A los pocos momentos oscureció, resonando en el espacio el trote de un caballo, y más tarde una voz imperativa que dijo:

—¡Alto!

El caballero refrenó su corcel al amago de la muerte.

—¡Alto! repitió la pareja apuntando con las carabinas á los bandidos.

—¡D. Carlos! balbuceó lloroso el antiguo mayordomo al reconocer á su señor.

Los guardias cumplieron con su deber, la justicia castigó á los criminales y arrepentido D. Carlos de su conducta, viendo en este hecho la mano de la Providencia, llevó para siempre á su casa á su leal sirviente, le cuidó con prodigalidad y cariño hasta que murió, persuadiéndose de que la soberbia es completamente vana, y de que por pobres é insignificantes que parezcan los hombres, no hay ninguno completamente inútil, siquiera sean ancianos y enfermos.

VICENTE D. BORDANOVA

TIBURCIO

A la sombra de un copudo árbol repasaba la lección á los niños un anciano venerable llamado en la aldea el señor Clemente, hombre severo y honrado, de costumbres casi patriarcales, y muy querido, por tanto, de todos los vecinos.

Mientras el buen anciano se ejercitaba en tan inocente distracción, pasaba por el camino inmediato un mozalvete gañán conduciendo una carreta cargada de sarmientos y arrastrada por dos grandes bueyes.

El conductor del carro debía llevar mal humor, porque no cesaba de renegar y aguijonear, con un pincho de acero puesto á la punta de una larga vara, á uno de los bueyes que, más lerdo ó más cansado que su compañero, caminaba con menos celeridad que éste.

—¡Azabache!... ¡Remolon!... ¡Tumbon!... Yo te haré andar de prisa, decía el enfadado rústico pinchando al pobre buey, que uncido y agarrotado al yugo, solo podía extremecerse al dolor de los rejonazos.

Indignado el Sr. Clemente al ver aquel espectáculo, se aproximó al campesino, y quitándole la vara de la mano:

—Eres un hombre sin corazón, le dijo, y no mereces que pongan á tu cuidado un animal tan hermoso y útil como el que estás martirizando.

—Señor Clemente, contestó el gañán, avergonzado al verse sorprendido por el buen anciano: no creí que Vd. presenciara lo que hacía con el perezoso Azabache; pero ya que Vd. lo

ha visto, le diré que este animal lleva dos ó tres días que se niega al trabajo y que no se mueve más que á fuerza de rejonazos. Ahí tiene V. á su compañero el *Arrogante*, que no hay necesidad de castigarle para que arrastre la carreta casi solo, como lo ha hecho siempre ese maula de *Azabache*.

—¡Tiburcio! contestó airado el anciano; ahora encuentro más reprehensible tu conducta. En primer lugar, pretendes disculparte diciéndome que no creías viera yo tu inhumanidad; pues aunque yo no la viera, ¿dejaba de ser un acto infame atormentar á un noble animal amarrado y sin defensa? ¿Te avergüenzas de cometer este acto brutal delante de mí, pobre gusano, y no te estremeces de ejecutarle á la presencia de Dios, del padre y protector tuyo y de ese animalito y de cuantos seres existen?

Por otra parte, dices que la pereza y la pesadez de *Azabache* proviene de hace tres ó cuatro días, lo que hace suponer que antes no era así. ¿Te has enterado si el animal está enfermo y si es esta la causa de su dificultad para trabajar? Y si esto fuere así, ¿qué dirías tú del hombre que, viéndote agobiado por la fiebre, te exigiera á pinchazos que prestaras el mismo servicio que ejerces en buena salud?

El labriego bajó los ojos arredrado ante la indignada mirada del anciano, y no encontró si quiera una palabra que contestar.

Entre tanto el señor Clemente guió los bueyes con la vara hasta colocar la carreta en el sitio que habia de ser descargada de los sarmientos. Despues desunció los animales, y acariciando á *Azabache*, rascándole la testuz y dándole palmaditas, llegó á reconocer que, efectivamente, como lo habia presumido y manifestado, el pobre buey tenía una indigestion que, de no ser curada inmediatamente, le costaría la vida.

Hábil y práctico en curar á los animales, el señor Clemente condujo los dos bueyes al establo, é inmediatamente aplicó á *Azabache* los remedios y cuidados que su estado exigian.

Todos los niños de la Granja habian presenciado esta escena, y cuando el abuelo concluyó su asistencia al buey enfermo y volvió á aparecer entre ellos, no dejó de chocarle ver á Tiburcio en el mismo sitio y en la misma actitud que le habia dejado, y que los muchachos en dos ó tres corrillos le miraban de reojo.

El buen anciano conoció entonces que se habia excedido en reprender al gañan tan ágramente á presencia de los muchachos, y llegándose á este y tomándole una mano, le condujo bajo el árbol, siendo enseguida los dos rodeados por la turba infantil.

Sin dar tiempo Tiburcio á que el viejo le dirigiese la palabra:

—Señor Clemente, le dijo, conozco que no he obrado bien y no volveré á hacer daño á ningún animal, porque me ha hecho Vd. conocer que puedo hacerlo injustamente; pero ahora mismo me marchó de la Granja á trabajar á otra parte; pues si ya los chicos me miran mal, ¿cómo se me va á considerar, en adelante, por todos los compañeros?

—De la misma manera que te considero yo, hijo mío, visto tu arrepentimiento y buen propósito, exclamó el anciano abrazando á Tiburcio.

Perdóname tú á mí, continuó, si no he sabido tener á mis ochenta años la prudencia que debia para corregir un vicio; mejor dicho, una costumbre casi general: la de violentar á los animales á fuerza de castigo para que presten su trabajo en cantidad y en condiciones impropias

á su vigor, y otras muchas veces á sus cualidades y modo de ser.

¿Puede, por ejemplo, exigirse que un mulo galope como un caballo, que un asno cargue tanto como un mulo, y que un buey tenga en su marcha el ligero andar del mulo y del asno?

El caballo, con su abnegacion y ligereza, sirve al hombre para que en breve tiempo salve las distancias; el mulo, con su fuerza y su constancia para el trabajo, puede considerársele como una máquina inteligente; al asno, con su sobriedad y carácter dulce y sufrido, como un fiel compañero del pobre, y al buey, con su fuerza, su lentitud y la circunstancia de servir su carne de alimentacion, como inagotable tesoro que proporciona á la humanidad el pan mientras vive y la carne una vez muerto.

—Es Vd., señor Clemente, contestó regocijado Tiburcio, el hombre que más venero despues de mi padre, y el abrazo que Vd. me ha dado sin merecerlo, me hace quedarme donde usted esté, porque de ese modo iré aprendiendo la manera de cumplir bien con mis deberes.

Como siempre he oido que al burro á palos y al buey á rejonazos, creí que era natural lo que hacia; pero Vd. que sabe tanto y es tan bueno, dice que eso es una barbaridad; y como usted no se contenta solo con decirlo, sino con hacerlo ver, yo estoy convencido de que V. es el que tiene razon y no los que dicen lo contrario, solo porque así lo han oido y lo han visto á sus padres y á sus abuelos.

—Sí, querido Tiburcio, contestó el señor Clemente; mucho puede la rutina, pero no es esta la causa principal de que los hombres dejen con frecuencia de cumplir los deberes de la humanidad.

Por poco que hayas oido explicar la doctrina cristiana, estoy seguro que sabes el divino precepto de *No hagas á otro lo que no quieras te hagan á ti*.

—Sí, señor; recuerdo bien habérselo oido al señor cura; pero yo creia que esto solo hacia referencia á los hombres, mas no á los animales.

—Pues creías muy mal, Tiburcio; los animales, lo mismo que los hombres, son criaturas de Dios; y á este Padre y Creador de todo, y que á todo y á todos los seres extiende sus beneficios, no puede agradarle que, porque al hombre le haya otorgado más poder que á ninguno otro animal, pues le ha dado *el alma y la inteligencia*, abuse de este divino *Don* para ser cruel y tirano.

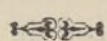
Bien que explotemos en nuestro beneficio la leche, las crias y la carne de la vaca, con más su trabajo y el de su hijo el buey; pero en justa reciprocidad de tan inmensos beneficios, debemos proporcionar á estos animales alimento, sanos establos, limpieza, y, sobre todo, humano y cariñoso trato.

Además, la razon y el buen sentido nos demuestran que un buey gordo, sano y bien cuidado, tiene más fuerza y más agilidad mientras vive, y más carne y más despojos cuando muere, que otro buey flaco y abandonado.

Pero basta por hoy de conferencia. Ahora, Tiburcio, acompáñame á medicinar al pobre *Azabache*, y á poco que le acaricies en mi presencia, verás como este noble animal olvida tu mal trato.

Dicho esto, el buen viejo y Tiburcio se dirigieron al establo y la colonia infantil se dió á correr y alborotar hasta que llegara la hora de recogerse.

CAYETANO COLLADO



LA PEQUEÑA ELVIRA

(Conclusion)

—Bueno, mujer; para eso no es menester que me arañes. ¡Qué atrocidad! ¡Pareces un tigre cuando le quitan su presa!

—Dispensa, querida Julia, si te hice daño. Mi carácter violento...

—¡Qué carácter, ni qué ocho cuartos! Dí que en tocándote los libros te pareces á D. Quijote de la Mancha cuando hablaban mal de su Dulcinea, que era capaz de matar á su padre.

Elvira se sonrió al oir á su hermana hablar de D. Quijote, siendo así que un día le preguntó que quién era ese caballero que tanto nombraba; si era por casualidad el vecino del tercero ó algun cómico ó cantante célebre.

—Pero á todo esto, prosiguió Julia, aún no me has dicho qué libro es ese, y qué cosas dice para que tanto le quieras y sea tu favorito.

—Pues son las *Elegias* de D. Ventura Ruiz Aguilera.

—¿Sí? Nunca las he leído. ¿Y de qué tratan?

—¡Ah! ¡Son bellísimas! ¡Si vieras cuánta ternura encierran! Al Sr. Aguilera se le murió una niña de ocho años, la única hija que Dios le dió. ¡Y si vieras con cuánta melancolía canta el poeta el dolor que su alma siente por tan sensible pérdida, con qué amargura expresa su profunda pena, y con qué santa resignacion sufre la muerte de su amada Elisa!

—¿Se llamaba Elisa su hija?

—Sí. ¡Qué versos tan magníficos! ¡Cuánta belleza en una sola línea! Parece que se está viendo la sombra, ó mejor dicho, el alma de aquel ángel tan querido de sus padres.

¡Con cuánta grandeza de espíritu le dice á su esposa que la hija de sus entrañas está en el cielo con sus hermanos! ¡Con qué ternura la consuela! ¡Oh, este libro es magnífico, sublime, capaz de conmover al corazón más duro. Por eso es mi favorito; porque en este libro se ve al poeta y al hombre, porque en estos sentidos versos está la verdadera poesía. Y luego tengo otros, como las preciosas *Doloras* de Campoamor, las leyendas de Zorrilla, obras dramáticas de Echegaray, etc., etc.

—Y ese periódico que está encima del velador, ¿qué es?

—¡Ah! Esa es *LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS*, precioso y elegante periódico. Es instructivo y recreativo. Tengo toda la coleccion, desde el primer número hasta hoy; luego lo encuadernaré y tendrá un sitio en mi biblioteca para cuando yo sea mayor.

Ya sabes que el día del santo de papá le pedí se suscribiese á este periódico porque me gustó mucho cuando leí un número en casa de Enriqueta; y papá fué tan complaciente, que mandó á la redaccion por todos ellos.

—¿Sabes lo que voy notando, Elvira? que hemos pasado toda la tarde hablando de cosas inútiles, y por fin no sé si vienes al teatro.

—Aunque te parece que son cosas inútiles hablar de libros y poesía, no lo creas; todo es muy conveniente. El saber nunca está de más.

—Mira, mira, dejemos ya de tontear y vamos á lo que importa. ¿Vienes, ó nó?

—Si papá está enfadado, iré para darle gusto y contentarlo. Hago un sacrificio inmenso.

—Pues hija, no lo entiendo. ¡Hacen un sainete más gracioso!... Se titula *Don Pirrimplin*.

—Ahí tienes por qué no me gusta ir; para pasar un mal rato viendo payasadas, mejor me estoy en casa.

—Pero hija, no te da risa ver salir un hombre con frac, corbata blanca y un gorro de dormir?

—¡Qué insustancial eres, Julia; ¡cuándo tendrás seso! Si fuese un drama de Echegaray, de García Gutiérrez ó de Sellés, divinamente. ¡Pero una paparrucha!...

—Pues si es una paparrucha, mejor. ¡Vete á paseo tú y tus malditos versos, majadera! dijo Julia en el colmo de la desesperacion, y salió del gabinete cerrando tras sí la puerta.

Cuando se quedó sola Elvira, no pudo contener por más tiempo el llanto y le dió libertad. La encantadora niña estaba en aquel momento interesantísima.

Con el rostro inundado de lágrimas y el libro en la mano, se dirigió á un cuadro de María Santísima que habia en la pared, é hincándose de rodillas, dijo:

—¡Virgen pura! ¿Por qué he de ser tan desgraciada? ¡Oh! En mi casa no me dan la libertad que mi alma anhela, y sin ella no puedo vivir. ¿Qué daño les hago yo para que así me atormenten? ¿No es una gran distraccion para mí dedicarme á la literatura? ¿Pues por qué no me han de dejar? Dadme fuerzas ¡oh, María! para sostener esta lucha entre mi alma, mi imaginacion y mis padres. ¡Pero soy muy desgraciada, mucho!

.....

Han pasado tres años.

La pequeña y precoz Elvira está herida de muerte. Los disgustos sufridos por espacio de tres años y las continuas amenazas de sus padres, la postraron en la cama para no levantarse más. D. Diego de Ruiz, padre de nuestra heroína, era de un carácter áspero y desagradable. Tomó, en efecto, medidas enérgicas respecto á su hija. La quitó todos los libros, papeles, lápices, plumas, tinta, y, por último, todo lo que pudiera distraer á Elvira.

No contento con eso, la pequeña Elvira estaba vigilada, ya por sus padres, ya por sus hermanos ó criados. No dejaban respirar á la infeliz niña. Esta, sin embargo, no desmayaba; hacia versos por la noche en la cama, y por las mañanas cogía un alfiler, y con la punta trazaba en la pared caracteres inteligibles. Pero un día la sorprendieron, y ni aún ese pequeño desahogo la permitían. Elvira seguía haciendo versos en su imaginación; pero como no podía retenerlos en la memoria, porque frecuentemente estaba en juego su ardiente fantasía, era tal la confusion de ideas que bullían en su frente, que la niña cayó gravemente enferma. Su alma, presa, tenia alas, pero no la dejaban volar. ¡Oh, padres desnaturalizados! ¡Verdugos de un ángel! ¡Vuestra hija sucumbirá, víctima de vuestra tiranía! ¿Y la conciencia? ¡Ah!... ¡La conciencia! ¿Dónde está?.....

.....

Estamos en una alcoba; es de noche, y todo está en el mayor silencio. La habitacion está alumbrada nada más que por una mariposilla, dejando, como es natural, gran parte de la alcoba en tinieblas. Daba melancolía aquel aposento donde la muerte habia de entrar á las dos horas, dejando amargos recuerdos y hondos remordimientos. Queda dicho que era de noche; las doce.

Un triste cuadro se presenta á nuestra vista, amable lector. La simpática y desgraciada Elvira está en cama. Pálida y ojerosa, parece una estatua. Sus ojos antes tan vivos y animados,

están ahora tristes y lánguidos; sin embargo, su mirada es dulce y penetrante. Sus labios, antes carmin, parecían de cera. Sus hermosos cabellos rubios estaban recogidos por una cofia de batista blanca.

Rodeaban su lecho sus padres, hermanos, criados y amigos.

Todos lloraban.

El médico dejó dicho que no le quedaban dos horas de vida á la enferma.

Sus hermanos perdían á la más buena de las hermanas.

Los amigos una amiguita que, aunque niña, daba buenos consejos y distraía con su animada conversacion. Sus padres perdían una hija modelo de virtudes. Y no solo eso, sino ¡que moría por su culpa! ¡Conocieron su error demasiado tarde! ¡La literatura perdía, tal vez, una joya! Así es que todos lloraban. Unos de sentimiento y pena por tan irreparable pérdida, otros de remordimiento.

La infeliz Elvira abrió los ojos, y dijo con voz insegura:

—No lloreis. ¿Para qué afligiros? Voy á ser dichosa al lado de Dios, si es que merezco esa dicha.

Vosotros que me quereis bien, en vez de llorar debíais de estar alegres, pues seré feliz.

Mi alma va á lograr sus deseos. ¡Extenderá sus alas y volará por las regiones celestes! Será libre, irá en pos de su ideal, verá otros mundos fantásticos, saldrá de su prision y gozará placeres infinitos; estará en su centro, verá otros...

No pudo concluir la frase; un golpe de tos la dejó sin respiracion.

—¡Dios mio! dijo su madre; ¡no hables tanto, hija de mi alma; mira que te fatigas y te vas á poner peor!

—Déjame, mamá, dijo la niña, tranquila ya. Cuanto más pronto me muera, más pronto gozaré de tanta dicha como allí me espera. Ya sé que es un dolor para vosotros, mis queridos padres, porque al fin perdeis una hija de trece años. Pero no os apureis, padres míos; todavía os quedan más hijos á quien amar y para poder consolaros. No me echareis mucho de menos... Yo he sido muy impertinente. Siempre dandoos disgustos. Yo debí callarme y no decir lo que mi corazon me dictaba. Fui muy imprudente... Yo me tengo la culpa. Pero os dejaré pronto... Siento un bienestar... ¡Un sueño tan dulce!... Estoy muy bien.

—¡Hija mia! ¡Hija de mi alma! ¡Mira que no podré vivir sin tí mucho tiempo! dijo su madre con angustia. Tus palabras me destrozan el corazon.

—¡No lloreis, padres, hermanos, amigos! ¡No lloreis! Mi última hora se acerca... Voy á morir.

—¡Perdon, hija mia! ¡Perdon! gritó D. Diego abrazando á su moribunda hija.

—¿De qué? dijo Elvira casi sin aliento. Siempre has sido un buen padre para mí; no tengo qué perdonarte.

El acento de Elvira era cada vez más apagado. Los ojos empezaban á vidriarse, la boca se le encajaba poco á poco, y con las manos quería coger algo.

De repente fijó su incierta mirada en todos los circunstantes, y dijo con voz balbuciente:

—¡Adios, padres, adios; mi última hora está cerca; quiero despedirme de todos! ¡Venid y dadme siquiera un beso! ¿Me lo negareis?

Sus padres y hermanos se fueron acercando uno por uno, y Elvira los besaba con afán.

—¿Y Julia? preguntó.

—¡Aquí estoy, hermana mia! dijo una voz detrás de las colgaduras de la cama.

—No me atrevo á entrar. No soy digna de que tus labios rocen los míos, te he ofendido demasiado. ¡Tarde lo conozco! El llanto ahogó su voz.

—¡Ven... ven... ven!...

Julia se acercó á una seña de su madre, y Elvira la cubrió de besos.

Después de haber besado á todos, dijo:

—Ya estoy tranquila.

Y nada más me falta que pedir una cosa.

—Mi vida es tuya. ¡Pide todo lo que quieras! dijo su padre llorando.

—Pues que me traigan las *Elegías* de Aguilera. Quiero morir con ellas en la mano, y luego que me las pongan en mi sepultura... ¡Adios!

Nada más triste que aquel aposento alumbrado por una triste lucecilla.

Don Diego de Ruiz estaba arrodillado junto á la cabecera de su hija y el rostro tapado con ambas manos. Julia á su lado en la misma actitud.

La madre fué trasladada á otra habitacion.

No pudo resistir más, y se desmayó.

Se oyó un grito agudo.

Elvira espiró.

ADAMINA GARRIGÓS

MISCELANEA

LA OBRA MAESTRA.—Doscientos sesenta y seis años hace que se publicó la primera parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, obra maestra de literatura española (1605). Desde aquella fecha se han hecho de esta obra inmortal, en distintos idiomas, las siguientes ediciones: en castellano, unas 500; en inglés, 301; en francés, 170; en italiano, 96; en portugués, 81; en alemán, 70; en sueco, 13; en polaco, 8; en dinamarqués, 6; en griego, 4; en ruso, 4; en rumano, 2; en catalán, 2; en vascuence, 1; en latín, 1. Total, 1.159.

Reglas que sobre acentuacion de las palabras establece la Academia en su última edicion:

«1.^a Que las monosílabas no se acentúan por regla general, exceptuándose las de doble sentido que deben acentuarse, como hasta aquí, cuando se pronuncian con más fuerza.

2.^a Que las polisílabas regulares terminadas en consonante que no sea la *n* ó la *s*, se acentúan aunque sean apellidos terminados en *z*, y no se acentúan si terminan en dichas letras *n* ó *s*, ó en vocal.

3.^a Que las polisílabas agudas terminadas en vocal ó en las consonantes *n* ó *s* se acentúan siempre; y no se acentúan si terminan en cualquiera de las demás consonantes.

4.^a Que las esdrújulas continúan acentuándose como hasta aquí; y

5.^a Que para deshacer un diptongo ó para indicar que no lo forman las vocales que aparecen reunidas, se acentúa la que se percibe con más fuerza. Tampoco en esto ha variado la regla.

R. Velasco, impresor, Rubio 20